

un arma poderosa, un resorte en el cual se apoyan ó quieren apoyarse. Si hablan hoy de tolerancia, de libertad de conciencia, de sufragio, no cautivarán la atención como hablando de la deuda ó de las alianzas internacionales.

\* \*

Esta dirección nueva influye en el carácter de la oratoria. No es la hora de los líricos y de los idealistas; es la hora de los razonadores y de los realistas. Se empieza á echar cuentas, á sumar, á restar, y vamos alejándonos á todo vapor de aquel tiempo en que un discurso de hacienda dejaba desierto el salón y desalojadas las tribunas. El mejor discurso de Romero Robledo, en la última temporada, sobre hacienda versó.

Y ya que incidentalmente he nombrado á Romero Robledo, por él empezaré. Su campaña de franca oposición ha sido tal vez la obra maestra de su larga y animada carrera política. Sus cuatro discursos, sin hablar de las rectificaciones é incisos, pueden ponerse por modelos de habilidad, de originalidad, de cortesía en la forma, de intención y sabrosa malicia en el fondo. De Romero cabe decir que adivina lo que no sabe; habla de hacienda, de fortificación, como un libro, y sin alardes pedantescos de ciencia, revela en sus observaciones, casi siempre atinadas y muchas veces atinadísimas, esa luz del buen sentido y de la rápida comprensión del meridional, que se comunica y persuade sin esfuerzo. La forma, en Romero, es fácil, espontánea, selecta sin estudio, nunca chabacana ni vulgar; la frase, corriente y sencilla, pero decorosa y bella; la gracia, señorial y pulcra; la entonación, simpática y justa; ya vibrante, ya contenida; ora apasionada, ora dulce y atractiva por su aparente ingenuidad y modestia. La retórica de Romero no puede aprenderse ni enseñarse; es expresión de un temperamento. La voz tiene tonos gratos, plateados, y el ligero y fino ceceo andaluz no oscurece la pronunciación. No sé lo que sería Romero cuando el bisturí del doctor alemán no había tocado á su rostro; sé que hoy, después de sufrimientos tan horribles, es un orador que no cede á ninguno. Las profundas y acaso incontrastables corrientes adversas á Romero no han podido impedir que, al día siguiente de sus magistrales oraciones, la prensa entera le saludase y aclamase.

\* \*

Si queremos encontrar en otro orador el más perfecto contraste con Romero, tenemos que nombrar á D. Nicolás Salmerón. He oído repetir que á Romero, como le dejen hablar, no le ahorcan; y que á Salmerón, por el contrario, y con ser grandísimo, admirable orador, si habla le ahorcan más pronto. Y consiste en que su oratoria es dura, bronceada, inflexible — su estilo de una austeridad dórica, su acento condenatorio y sus calificativos raspantes como el papel de lija. — Acaso contribuya á este carácter de la elocuencia salmeroniana — por lo menos en las Cortes — la manifiesta hostilidad con que se le ve levantarse. La mayoría liberal y la compacta minoría silvelista demostraron, en las sesiones á que yo asistí, poquísima ó ninguna urbanidad con Salmerón. Desde el pataleo hasta la invectiva y el insulto, han puesto en juego todos los recursos para ahogar su palabra. Confieso que llegó á impacientarme muchas veces esta descortesía. Yo deseaba escuchar; Salmerón tiene autoridad sobrada para ser escuchado; tiene además facultades notables, un metal de voz grave, timbrado, extenso; una dicción severa, poco adornada, pero enérgica y musculosa; y el que le oye desapasionadamente y sin consignas, ha de reconocer, no sólo las dotes del orador, sino las del dialéctico y del lógico. Los que más distanciados nos encontramos de Salmerón por las ideas, le oímos, sin embargo, con interés, y estamos en el deber de prestarle atención. No lo ha creído así la Cámara, y cada discurso de Salmerón fué una escandalera.

\* \*

El otro extremo de la oposición lo representa Mella Fanjul, el Macabeo carlista. Aunque las mayorías-minorías también se creyeron en el caso de cubrir con murmullos la voz de Mella, sobre todo cuando lanzó una cita bíblica muy discutida y comentada, se veía que no lo hacían con saña, y es que Mella no se parece á Salmerón; no irrita, no exaspera, no dice cosas amargas, ó las dice de otro modo. Distingue á Mella, más que la trabazón y fuerza de los argumentos, la frescura, número, afluencia y relieve del período; es además en extremo feliz, oportuno y chistoso en comparaciones, observaciones y

descripciones. Cuando prescinde de la tradicional retórica del partido; cuando no combate con los molinos de viento, sino con gente de carne y hueso, su elocuencia gana muchos quilates. Hay en su estilo bondad, donosura y juventud. Lástima que esfuerce demasiado la voz, que hable demasiado aprisa y que derroche laringe, descuido que siempre paga caro, á la larga ó á la corta, el orador.

\* \*

Canalejas, por el contrario, en el único discurso que le oí, sabe emplear y repartir perfectamente sus caudales de voz, de gesto, de palabra. Parecióme tan hermoso discurso un modelo de equilibrio, y sin duda era todo menos improvisado. El gran efecto que produjo se derivaba de lo calculado y medido de cada párrafo y de su enlace con el anterior y su acción sobre el siguiente. Si quisiese expresar mi idea con una imagen, diría que el discurso de Canalejas recordaba cierta figura defensiva usada entre los griegos y romanos y que se llamaba *el testudo ó la tortuga*: hacíase elevando los escudos sobre la cabeza y las primeras filas ante el pecho, de modo que formasen un todo compacto, una caparazón, que burlaba las flechas y las espadas. ¡Ay de la *tortuga*, sin embargo, si lograba el enemigo introducir en alguna junta el arma! Desplazado un escudo, desbaratábase todo el artificio. Así estuvo á pique de sucederle á Canalejas con una pregunta impensada de Linares Rivas, que, sin pronunciar discurso alguno, sostuvo bien su papel de jefe de grupo por medio de breves interpelaciones.

\* \*

Ya sé que no está de moda alabar á Moret, pero yo he dado asilo en un rincón de mi estudio á la sinceridad cuando esta pobrecilla iba á ser apedreada, y no puedo menos de declarar que lo que repite el vulgo acerca de la oratoria de Moret, todo eso de las pompas de jabón, de los cohetes de lucerfa, de los trinos de canario y las flores de trapo, etcétera, es uno de tantos errores comunes que nos evitan á los españoles la fatiga de pensar y de analizar y el trabajo de aplaudir. El discurso magno, que podemos llamar apologético, de Moret, se distinguió precisamente por sus acentos viriles, por su elegancia noble y su fuerza patética; hubo momentos en que adquirió el interés vehemente de un drama. El sentimiento caldeaba los párrafos, pero el buen gusto y el aticismo lo reprimían: el orador arrastraba y movía al auditorio, sabiendo permanecer dueño de sus emociones; dominándolas, aunque no quería ocultarlas, al contrario. La voz de Moret es magnífica, rica en matices, manejada con arte sumo; su estilo, ameno, vario, levantado, á veces poético, pero no recargado, no pomposo; su acción, sobria y adecuada. No habría injusticia mayor que regatearle á este hombre el lauro de orador insigne.

\* \*

A D. Francisco Silvela le había oído antes de estas Cortes y en ocasión solemne: el día en que consumó su ruptura con D. Antonio Cánovas. Causóme impresión que nunca olvidaré aquella sesión terrible, lucha de león y toro, en que suspendíamos el aliento para no perder sílaba. Al escuchar otra vez á Silvela, vi confirmado mi juicio de la primera hora: el efecto de su oratoria, lejos de desvanecerse en el aire, es más seguro al contrastarlo la reflexión. Habla en especial para la inteligencia, no para la fantasía ni para el sentimiento; habla también para el ingenio; sus chistes, sus donaires, son al agua fuerte: su distinción es seria, su estilo calza guante blanco, y debajo lleva guantelete de hierro; su dicción clásica, pura, deleita á los que no hemos perdido la afición á los modelos del habla castellana. El sabor intelectual, de alta cultura, de la oratoria de Silvela se reconoce en que, cuando explica un concepto ó un vocablo, los refuerza en vez de atenuarlos, indicio de que el pensamiento va todavía más allá que su expresión verbal, y que ésta tiene un contenido, por decirlo así, inagotable.

Mucho diría aún de Silvela, pero no cabe en el espacio de esta crónica. Y cuenta que en ella no he citado á Pidal, por retraído y ausente; á Sagasta, por acatarrado y huido; á Pi y Margall, porque el Gobierno le dejó sin distrito, en castigo tal vez de haber previsto y anunciado completamente todo lo que nos ha sucedido en las colonias, por lo cual pasó plaza de mal español entonces y se ha quedado fuera del Congreso ahora, cuando podría disfrutar del desagravio.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### ELOCUCENCIA POLÍTICA

Ahora que se han abierto otra vez las Cortes y en ellas debería estar fija la atención de la nación entera, colgada de los labios de sus representantes, si ellos se pusiesen á la altura de las circunstancias, me parece favorable ocasión de decir el efecto que me produjeron los que merecen el calificativo de grandes oradores parlamentarios. Está en moda, ya lo sé, renegar de la oratoria y atribuir á ella (como otros los atribuyen á las corridas de toros) los males de la patria; se maldice de la palabra, se maldice de los discursos, se condena un arte, como si los muchos políticos que en las Cortes españolas hacen el papel de *bueyes mudos* pudiesen aducir mayores títulos á la gratitud de los españoles que los oradores, los cuales, al fin y al cabo, por más que lo intenten si así conviene á sus fines políticos, no pueden ocultar del todo la verdad, ni evitar que salga á luz en las controversias apasionadas y en los empeñados debates. Yo sostengo que los oradores serían muy útiles si el público que asiste á las tribunas fuese más numeroso, más ilustrado en conjunto, más reflexivo y más capaz de sacar consecuencias de lo que oye. El nivel de los oradores es, sin género de duda, superior al del auditorio.

\* \*

Todos saben que el más excelso de nuestros oradores guarda silencio desde hace años. No hay, pues, para qué repetir aquí lo que fué Emilio Castelar en la tribuna. Las generaciones nuevas, que no le han alcanzado, tendrán por legendarios los pormenores de un arte supremo sólo comparable al de Demóstenes; y no digo al de Cicerón, porque la oratoria ciceroniana era oratoria de leguleyo, y siempre se le conoció al acusador de Catilina que en los primeros años de su vida civil había sido abogado y no político. Desde que se retiró de la arena Castelar, falta en las Cortes españolas un género entero: el del gran discurso, grande no por la extensión ni por la duración, sino por el vuelo y el sentido general, comprensivo y amplísimo: el discurso que equivale á un *sursum corda*. Los ideales humanos, la magnificencia de las perspectivas históricas, inspiraban esos discursos inolvidables, y determinaban un oleaje de ideas y de sentimientos que ya no suele producirse en las Cámaras sino por caso rarísimo.

El talento de Castelar estaba en perfecta armonía con las cuestiones que se agitaban en su época. Hoy la política sigue rumbos diferentes. No son tanto los problemas del orden especulativo como los utilitarios los que se imponen á la atención de los oradores y los que van interesando también al público. El bien general, la conveniencia, el progreso material, el porvenir económico de la nación, si no constituyen todavía un *fin* para nuestros gobernantes, son ya